

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, marzo de 1895 ↔ NÚMERO 21

— Con el presente número se entregará el cuaderno 21 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EL «TONKÍN»

Resonó el grito de guerra de los indios, y éstos blandieron sus cuchillos, precipitándose contra los tripulantes

SUMARIO

El Tonkin.—(conclusión).—La fuga del cardenal de Retz.
—Hortensia de Castro (continuación).—Pensamientos.

EL «TONKIN»

(Conclusión)

El capitán insistió en que M. Memaford se había dirigido demasiado al SO., y dispuso que Aiken, uno de sus más hábiles marineros, fuera con otros dos y tres isleños de Sandwich a practicar el reconocimiento necesario, mientras el buque seguiría poco a poco. Así se hizo hasta que Aiken hubo encontrado el canal, y entonces hízosele seña para que volviera a bordo. Hallábase solamente a un tiro de pistola; pero tan furiosa era la corriente, que no se podía gobernar el bote, y fué impelido más lejos, mientras que los tripulantes pedían socorro. A los pocos momentos no se vió ya desde la cubierta del buque. Algunos tripulantes se encañaron al mástil de mesana, y divisáronle luchando contra las olas; pero su situación parecía desesperada.

Muy pronto los que estaban en el buque debieron pensar en salvarse a sí propios, porque éste se hallaba en aguas de poco fondo, tropezaba repetidas veces, y las olas se estrellaban contra él, amenazando destruirle. Al fin, alcanzó suficiente profundidad; y como el viento disminuía, pudo anclar. Con las tinieblas aumentó la ansiedad de todos. El viento silbaba, el mar rugía: tan sólo el brillo de las rompientes disipaba un instante las tinieblas. Los marineros estaban abatidos, y algunos de ellos creían oír los gritos de sus camaradas mezclándose con el fragor de los elementos. Pero después de unos momentos de terrible angustia, el reflejo y el viento permitieron al buque abandonar su peligrosa situación y refugiarse en una pequeña bahía, dentro del Cabo, donde permanecieron durante el resto de una noche tempestuosa, pudiendo entregarse algunas horas al reposo.

Con la luz del día se renovó la ansiedad. Todos paseaban sus miradas por la costa salvaje y el borrascoso mar; pero no se veía rastro ni vestigio de las dos embarcaciones y de sus tripulantes. Algunos indígenas pasaron a bordo para vender pieles, pero ninguno estaba de humor de comprar. Se interrogó a los naturales por señas sobre los botes perdidos; pero no comprendieron las preguntas.

Algunos tripulantes pasaron entonces a tierra para explorar las inmediaciones. A la cabeza de una de las partidas iba el mismo capitán, y no se habían alejado mucho, cuando vieron a cierta distancia un hombre que les pareció europeo. Cuando estuvo cerca, vióse que era Weekes, uno de los que habían ido con Aiken en la pinaza, y este encuentro produjo la mayor alegría, porque esperábase que sus compañeros se hallarían cerca; pero la historia que refirió fué muy triste. Les había sido imposi-

ble, á él y sus camaradas, gobernar el bote, pues no tenían timón, y, rodeados de violentas corrientes, dejaron, por fin, la embarcación á merced de las olas, expuestos á sumergirse á cada instante, hasta que una enorme ola tumbó el bote. Weekes pudo salir muy pronto á la superficie, y miró al rededor para ver qué era de sus compañeros. Aiken y Coles no estaban ya por allí: los dos isleños se desnudaban rápidamente para nadar con más facilidad. Él hizo lo mismo; y como el bote flotaba á su alcance, se agarró á él. Sus dos compañeros le alcanzaron muy pronto, y aunando sus esfuerzos consiguieron sentar bien el bote en la superficie del agua. Después sacaron de él tanta agua, que pudo resistir el peso de un hombre sin hundirse, y entonces uno de los isleños se introdujo dentro, y con sus manos desalojó la mayor parte de la que aún quedaba. Otro de los hombres cogió entretanto los remos, y una vez más se embarcaron los tres instantáneamente.

Por entonces, la marea los había arrastrado más allá de las rompientes, y Weekes excitó á sus compañeros á remar hacia tierra; pero estaban tan entorpecidos por el frío, que rehusaron hacerlo. También Weekes se hallaba, poco más ó menos, en el mismo estado; pero tuvo suficiente dominio sobre sí mismo para combatir la tendencia al estupor que el frío produce, moviéndose continuamente; y como viera que el buque avanzaba y que todo dependía ya de él, comenzó á esforzarse para desviar al bote de la barra, conduciéndolo á las aguas más tranquilas.

A eso de la media noche, uno de los pobres isleños expiró, y su compañero se abrazó al cadáver, sin que nada bastara para separarle de él. La terrible noche se pasó en medio de estos horrores, y, al amanecer, Weekes se encontró cerca de tierra, gobernó directamente hacia ella, y pudo, con ayuda de la resaca, encallar su bote en un banco de arena.

Al ver que uno de los isleños daba señales de vida aún, ayudóle á salir de la embarcación y se dirigió con él hacia los bosques inmediatos; pero el pobre hombre estaba demasiado débil para seguirle, y Weekes se vió pronto en la precisión de abandonarle á su suerte para salvarse á sí propio. Al cabo de mucho andar, encontró un sendero trillado, y á las pocas horas llegó á un punto de la costa, desde donde, con no poca sorpresa y alegría, vió el buque anclado y encontró al capitán y los suyos.

Después que Weekes hubo referido sus aventuras, enviáronse tres partidas para batir la costa en busca del infeliz isleño; pero volvieron por la noche sin haber conseguido encontrarle. Al día siguiente continuáronse las pesquisas, y se halló al desgraciado junto á un grupo de rocas. Tenía las piernas hinchadas, los pies lacerados y llenos de sangre, por haber andado entre los espinos y zarzales, y estaba medio muerto de frío, de hambre y fatiga. Weekes y el isleño eran los únicos que sobrevivían á los tripulantes del bote, y no se descubrió vestigio alguno de Fox y sus compa-

ñeros. Aquellos ocho hombres murieron á la primera aproximación á la costa, y esto llenó de consternación á todos los tripulantes, considerándose por algunos de los más supersticiosos como un pronóstico que no anunciaba nada bueno para la empresa.

Hacia la caída de la tarde, los isleños de Sandwich fueron á enterrar el cadáver de su infortunado compañero muerto en el bote. Al llegar al sitio donde se le dejó, abrieron una fosa en la arena para depositar en ella el cuerpo, poniéndole un pedazo de galleta debajo del brazo, otro de tocino bajo la barba y una pequeña cantidad de tabaco, como provisiones durante su viaje á la tierra de los espíritus. Después de cubrir el cadáver con arena y guijarros, arrodilláronse á lo largo de la fosa en doble fila, con la cara vuelta hacia el E., mientras que uno oficiaba como sacerdote, rociando á sus compañeros con el agua que tenía en el sombrero. Haciendo esto, recitaba una especie de invocación, á la que los otros contestaban á intervalos.

Tales eran los sencillos ritos practicados por aquellos pobres salvajes, y al terminar levantáronse y se dirigieron silenciosamente hacia el buque, sin volver la cabeza hacia atrás.

El *Tonkin* se hizo á la vela y no se volvió á saber nada más de él hasta los primeros días de agosto, en cuyo tiempo una partida de salvajes que llegaban del Estrecho de Juan de Fuca presentáronse en la desembocadura del Calumbia para ocuparse en la pesca del esturión. Llevaban tristes noticias del *Tonkin*, que, por de pronto, se consideraron como fábulas; pero confirmálas después otra tribu que llegó á los pocos días.

El *Tonkin* se hizo á la vela en la desembocadura del río el 5 de junio, conduciendo á bordo veintitrés personas. En una de las bahías exteriores recogieron á bordo de una canoa de pesca un indio llamado Lamazee, que había hecho ya dos viajes por la costa y conocía un poco el dialecto de las diversas tribus, con lo cual se convino en servir de intérprete.

Gobernando al N., el capitán Thorn llegó á los pocos días á la isla de Vancouver, y ancló en el puerto de Neweetee, muy contra el parecer de su intérprete indio, quien le advirtió que el carácter de los indígenas de aquella parte de la costa era muy pérfido.

Pronto llegaron numerosas canoas tripuladas por naturales, que llevaban pieles de nutria para la venta. Era demasiado tarde para comenzar el tráfico; pero Mr. Mac-Kay, acompañado de algunos hombres, saltó á tierra para ir á un gran pueblo á visitar á Wicananish, jefe del territorio inmediato, quedando seis indígenas á bordo en calidad de rehenes. Se le recibió amistosamente, concediéndosele hospitalidad y se preparó para él un lecho de pieles de nutria en la misma vivienda del jefe, donde se le invitó á pasar la noche.

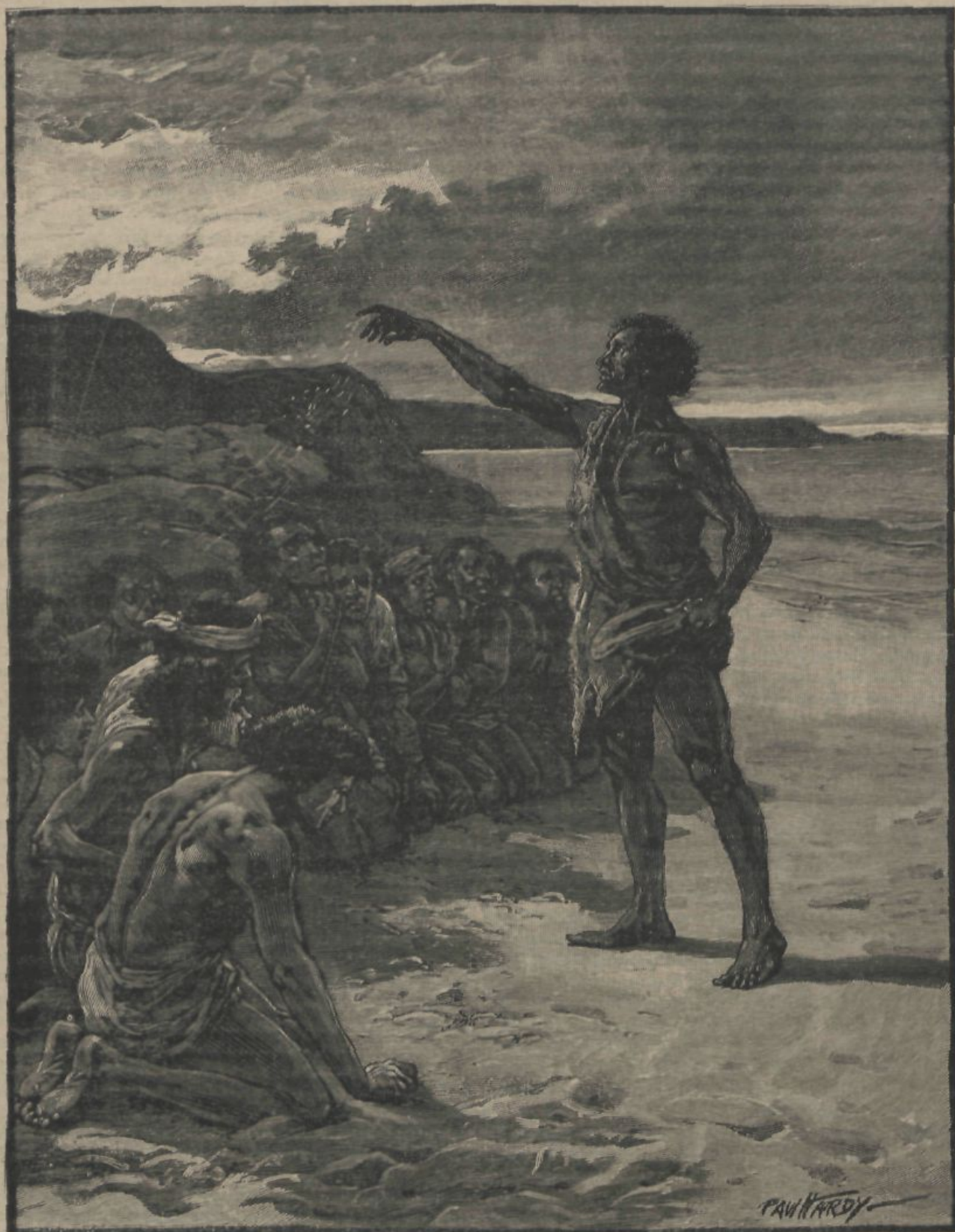
Por la mañana, antes que Mr. Mac-Kay volviese al buque, muchos naturales salieron en sus canoas, al mando de dos hijos de Wicana-

nish; y como llevaban muchas pieles de nutria y era de creer que se haría mucho negocio, el capitán Thorn no esperó la vuelta de Mac Kay, dando al punto orden para colocar sus géneros sobre cubierta para hacer ostentación de sus mantas, ropas, cuchillos, quincallería y anzuelos. Esperaba efectuar muy pronto la venta y los cambios ventajosamente; pero los indios no manifestaban mucho afán ni eran tan tontos como el capitán suponía, porque estaban bien enterados del valor de los géneros por sus tratos con otros traficantes y sabían comprar y vender con todas las ventajas posibles para ellos. Por otra parte, los acompañaba un anciano jefe llamado Nookamis, que había envejecido practicando el tráfico con los armadores de Nueva Inglaterra, y se preciaba de ser muy entendido. Su opinión servía de regla á sus compañeros. Cuando el capitán Thorn había propuesto dar lo que consideraba precio equitativo por una piel de nutria, el viejo indio pedía el doble, y sus compañeros no querían rebajar el precio; de modo que no era posible obtener ninguna piel á un precio razonable.

Sin embargo, Nookamis no conocía el carácter del hombre con quien trataba. El capitán Thorn era hombre de reconocida rectitud, que nunca hacía dos precios en sus transacciones. Tenía poca paciencia y repugnábale regatear en el tráfico. Por otra parte, muy rígido y algo orgulloso por naturaleza, miraba con desprecio á la raza salvaje. Renunciando, pues, á toda venta con aquellos mezquinos compradores, comenzó á pasear de un lado á otro con las manos en los bolsillos, sin decirles una palabra. El indio viejo le seguía, ofreciéndole de continuo una piel de nutria; pero como Thorn no contestase, cambió de tono y comenzó á criticarle por los bajos precios que ofrecía. Esto era demasiado para la paciencia del capitán, que no era aficionado á las bromas, y mucho menos á sus expensas. Volvióse de pronto contra el indio, arrancóle de las manos la piel de nutria, se la restregó en la cara y dijo al indígena que se marchase al punto. Después desvió las pieles á puntapiés, á derecha é izquierda de la cubierta, y dió por concluido el mercado de la manera más ignominiosa. El viejo Nookamis se dirigió á tierra poseído de cólera, así como Shewish, uno de los hijos de Wicananish, que juró tomar venganza. Desde aquel momento, todos los indígenas abandonaron el buque.

Cuando Mac-Kay volvió á bordo, el intérprete refirió lo que había ocurrido y rogó que aconsejara al capitán se hiciese á la vela cuanto antes, pues, conociendo el carácter y el orgullo de aquellos indígenas, estaba convencido de que tratarían de vengar la injuria inferida á uno de sus jefes.

Mac-Kay, que también tenía alguna experiencia del carácter indio, fué á ver al capitán, que aún se paseaba por la cubierta de muy mal humor, y advirtiéndole el peligro á que su imprudencia había expuesto al buque, instándole á continuar el viaje sin demora. El capitán no atendió estos consejos, y, señalando un cañón y armas de fuego, dijo que era suficiente sal-



EL «TONKÍN»: Cubierto el cadáver, arrodilláronse, y uno de ellos los rociaba con el agua del sombrero

vanguardia contra aquellos salvajes desnudos. Pasó el día sin señales de hostilidad, y, llegada la noche, el capitán se retiró a su camarote sin adoptar más precauciones que las de costumbre. A la mañana siguiente, al romper el día, mientras el capitán y Mac Kay dormían

aún, acercóse al buque una canoa tripulada por veinte indígenas, al mando del joven She-wish. No llevaban armas; su aspecto era pacífico, y presentaron pieles de nutria, haciendo señales de que deseaban vender. La precaución aconsejada por Mr. Astor respecto a no admi-

tir indios á bordo del buque se había descuidado hacía algún tiempo, y el oficial que estaba de guardia, viendo que los de la canoa no llevaban armas, y no habiendo recibido ninguna orden en contrario, los dejó subir á cubierta. Poco después llegó otra canoa, cuya tripulación fué admitida también, y luego se presentaron más y más, hasta que, al fin, se vió á los indios trepar por todos los lados del buque.

Entonces el oficial se alarmó y llamó al capitán Thorn y á Mr. Mac-Kay; pero cuando su-

Ya se iba á levar anclas, y el capitán daba orden de despejar el buque, cuando de pronto resonó el grito de guerra de los indios, que comenzaron á blandir sus mazas y los cuchillos que acabaron de comprar, precipitándose después contra los tripulantes.

El primero que cayó fué Mr. Lewis, escribiente del capitán, que estaba cruzado de brazos sobre un montón de mantas, cuando recibió de pronto un golpe mortal en la cabeza.



EL «TONKÍN»: Al bajar por las jarcias, recibió un golpe mortal en la espalda

bieron á cubierta viéronla ocupada por los indios. El intérprete hizo notar á Mac-Kay que muchos de los indígenas llevaban capotes de pieles, y que, sin duda, ocultaban armas bajo ellos; por lo cual Mac-Kay excitó al capitán á desembarazar el buque para hacerse á la vela.

El capitán no hizo caso tampoco esta vez, hasta que, por último, las numerosas canoas que rodeaban al *Tonkin*, y las que se destacaban aún de la orilla, despertaron su desconfianza, y dió orden de levar anclas.

Los indios ofrecieron traficar con el capitán, aceptando sus condiciones, como si quisieran aprovechar el tiempo antes de ponerse el buque en marcha. Los artículos que solicitaban con más instancia eran cuchillos; y cuando algunos habían tomado los que se les presentaron, llegaban otros para comprar más; de modo que muy pronto estuvieron armados todos los indígenas.

Mac-Kay se puso en pie al punto para defenderse; pero la maza de un indio le alcanzó, y apenas hubo caído fué arrojado al mar, donde las mujeres indias que estaban en las canoas le remataron.

Entretanto, el capitán Thorn luchaba desesperadamente contra temibles enemigos; era hombre de gran fuerza y resuelto; pero había subido á cubierta sin armas. Shewish, el joven jefe, le había señalado como su víctima, y precipitose contra él resueltamente. El capitán no tuvo tiempo apenas más que para desenvainar el pequeño cuchillo que llevaba; pero de un solo golpe tendió al salvaje muerto á sus pies. Atacado en seguida por los que seguían á Shewish, defendióse vigorosamente, descargando golpes á diestro y siniestro, y derribando hombres á su alrededor. Su objeto era llegar al camarote, donde tenía sus armas de fuego; pero estaba rodeado de enemigos, acri-

billado de heridas y desfallecido por la pérdida de sangre. Por un momento apoyóse sobre la rueda del timón; pero un golpe de maza le hizo rodar sobre cubierta, y entonces los indios, después de rematarle, arrojáronle al mar.

Entretanto, en el castillo de popa se había empeñado una encarnizada refriega. Los tripulantes se batían desesperadamente, defendiéndose con sus cuchillos y cuantas armas pudieron coger en el momento de la sorpresa; pero, dominados por el número de sus enemigos, fueron todos inmolados.

Los siete hombres que se habían encaramado por las jarcias para servir la maniobra, contemplaban con horror aquella carnicería, y, careciendo de armas, deslizáronse por las jarcias con la esperanza de refugiarse entre cubierta. Uno cayó y fué muerto instantáneamente, mientras que otro recibió un golpe mortal en la espalda cuando bajaba; un tercero, Esteban Weekes, fué herido mortalmente, y los otros cuatro pudieron retirarse á la cámara, donde encontraron á Mr. Lewis todavía vivo, aunque su herida era mortal. Después de atrancar la puerta de la cámara practicaron agujeros en el tabique, y con los mosquetes y municiones que tenían á mano abrieron un vivo fuego, que muy pronto despejó la cubierta.

Hasta entonces, el intérprete indio, del cual se obtuvieron todos estos detalles, había sido testigo ocular del sangriento conflicto, en el cual no tomó parte, pues los indígenas le separaron, por ser de su raza. En la confusión del momento, habíase refugiado con los demás en las canoas. Los tripulantes que sobrevivían salieron poco después á cubierta para hacer fuego con algunos cañones, que ocasionaron grandes destrozos en las canoas, obligando á los indígenas á refugiarse en la costa.

Durante el resto del día, ninguno osó acercarse al buque, pues todos temían las armas de fuego, y pasó la noche, sin que se hiciera ninguna otra tentativa. Al amanecer, el *Tonkin* estaba todavía anclado en la bahía, con las velas vueltas y flotando al viento, sin que, al parecer, hubiese nadie á bordo. Al cabo de algún tiempo, varias canoas se aventuraron á practicar un reconocimiento, llevando consigo al intérprete. Comenzaron á remar con recelo á cierta distancia, y, envalentonados al ver que todo estaba tranquilo, acercáronse más.

Por fin, apareció un hombre sobre cubierta, en quien el intérprete reconoció á Mr. Lewis. Este último hizo señales amistosas, invitando á los indígenas á pasar á bordo, y muy pronto comenzaron aquéllos á subir. Los primeros que saltaron á cubierta, no hallando oposición, dejaron de temer; no habían visto á bordo más que á Mr. Lewis, y éste desapareció muy pronto. Otras canoas llegaron después, y muy pronto estuvo la cubierta llena de indígenas, trepando muchos de ellos por los costados del *Tonkin*, ávidos de saqueo.

En medio de su afán y de su alegría, oyóse una tremenda explosión que voló el buque; viéronse brazos y piernas y cuerpos mutilados

por el aire, y muchas canoas quedaron destruidas ó se fueron á fondo. En aquel momento el intérprete estaba en las cadenas, y, sin recibir lesión alguna, fué arrojado al agua; de modo que pudo refugiarse en una de las embarcaciones de los indios. Según dijo después, la bahía presentaba un horrible espectáculo después de la catástrofe; el buque había desaparecido, y cerca de la orilla veíanse numerosos fragmentos, canoas hechas pedazos, é indios que nadaban para salvar sus vidas, ó luchaban en las agonías de la muerte; mientras que los que sobrevivían estaban mudos de estupor, ó, poseídos de pánico, trataban de ganar la orilla. Más de cien salvajes fueron víctimas de la explosión, y mucho mayor era el número de los que estaban espantosamente mutilados: durante varios días, las aguas arrojaron á la playa los miembros y cadáveres de las víctimas.

Los habitantes de Neweetee quedaron consternados por aquella terrible catástrofe que había caído sobre ellos en el momento del triunfo. Los guerreros habían enmudecido por el terror, mientras que las mujeres llenaban el aire con sus lamentos; pero su llanto degeneró bien pronto en gritos de furia al ver cuatro infelices blancos que eran conducidos al pueblo. Arrastrados hacia la orilla en uno de los botes del buque, los indígenas se apoderaron de ellos.

Se permitió al intérprete conversar con los cuatro hombres, y resultaron ser los que se habían defendido tan valerosamente en la cámara del buque. El intérprete recibió orden de interrogarlos, y dieron detalles que explicaban lo ocurrido. Después de haber despejado con su fuego la cubierta del buque, Lewis les aconsejó que se deslizaran por un cable y se hicieran al mar con el bote, á lo cual se opusieron, alegando que el viento era demasiado fuerte y que los conduciría á tierra. Sin embargo, resolvieron embarcarse apenas oscureciese, para ver si les sería posible volver á Astoria costeando. En su consecuencia, pusieron por obra su proyecto; pero Lewis rehusó acompañarlos, alegando que su herida le impediría escapar y resuelto, por otra parte, á tomar una venganza terrible. Al comenzar el viaje había manifestado varias veces el presentimiento de que moriría por sus propias manos; y, creyendo muy probable verse obligado á tomar parte en alguna lucha contra los indígenas, estaba resuelto á suicidarse antes que ser prisionero de los salvajes.

Lewis dijo á sus cuatro compañeros que permanecería á bordo del buque hasta el amanecer, para reunir á bordo tantos indígenas como le fuera posible, y prender fuego después al depósito de pólvora, á fin de morir vengándose. Ya hemos visto hasta qué punto consiguió el objeto. Sus compañeros, después de haberse despedido de él tristemente, emprendieron su arriesgada expedición. No perdonaron ningún esfuerzo para alejarse de las aguas de la bahía; mas, no encontrando punto conveniente para desembarcar, refugiáronse en una

pequeña caleta, donde esperaban permanecer ocultos hasta que el viento fuese favorable. Rendidos de fatiga y faltos de sueño, quedaron profundamente dormidos, y en tal estado los sorprendieron los salvajes. Mejor hubiera sido para aquellos infelices permanecer con Lewis y morir tan heroicamente como él, pues los indios los sometieron á todos los tormentos imaginables para vengar á sus compañeros difuntos, hasta que los infelices sucumbieron. Poco después de esto, el intérprete, que estaba como prisionero, consiguió escapar, y llevó á Astoria la noticia de la catástrofe.

Tal fué la desgraciada suerte del *Tonkin*, de su bravo capitán y sus aventureros tripulantes.

LA FUGA DEL CARDENAL DE RETZ (1654)

El cardenal de Retz, uno de los principales agitadores de la Fronda, fué detenido en el Louvre el 19 de diciembre de 1652, engañado por las fingidas negociaciones que le propuso su enemigo Mazarino. Desde el Louvre se le condujo á Vincennes, y después al castillo de Nantes, del que era gobernador M. de Chalucet. Dos años después, el cardenal se escapó de Nantes; y hé aquí cómo refiere el hecho él mismo en sus *Memorias*.

«Se me trataba en mi prisión con toda la bondad posible; veía á cuantos deseaban visitarme; se me proporcionaban cuantos entretenimientos podía apetecer. Mis carceleros se mostraban muy amables; pero no por eso se resentía en nada su vigilancia. No me perdían de vista sino cuando entraba en mi habitación, y á la puerta de la misma hacían centinela seis guardias día y noche. La ventana, muy alta, daba á un patio que siempre estaba lleno de soldados, y los seis guardias me vigilaban desde un terrado mientras me paseaba por el jardín.

«Sin embargo, resolví poner en juego toda mi energía para recobrar la libertad, y contribuyó á mi determinación el hecho de haber recibido de un amigo una carta cuyo contenido era el siguiente:

«Se trata de conducirnos á Brest á fines de este mes si no lográis escapar.

«La empresa, no obstante, distaba mucho de ser fácil. Conseguí ponerme en comunicación con M. de Brissac, que hacía viajes á Nantes de vez en cuando y que prometió ayudarme. Como solía llevar muchos bagajes en sus expediciones, necesitaba invariablemente cierto número de mulas, y me ocurrió que podría ocultarme sin dificultad en uno de los grandes cajones que, por lo regular, se cargaban sobre los cuadrúpedos. En su consecuencia, construyóse uno para mí más grande que los demás, provisto de un agujero ó dos para que penetrase el aire; y, convencido de que este medio de fuga era no sólo practicable, sino hasta fácil y sencillo, no quise solicitar auxilio de nadie, ni confiar á ninguno mi secreto.

«M. de Brissac aplaudió en un todo mi pro-

yecto; pero en una excursión que hizo á Machecoul cambió de opinión, y al regresar á Nantes aseguróme que yo moriría infaliblemente, sofocado en el cajón. Sin embargo, para convencerme de que me quería bien, díjome que si daba con otro medio podría contar con su eficaz cooperación una vez fuera del castillo. Entonces comencé á reflexionar sobre otro plan, en que yo había pensado ya, y á mi vez me convencí también de que el otro no se podía poner en ejecución.

«Yo acostumbraba á pasearme por una especie de rebellín que daba al Loire; y como estábamos en el mes de agosto y el río se había secado casi, el agua no tocaba la pared del rebellín, pero dejaba un largo espacio de la orilla visible al pie de aquél. Entre el jardín, situado en la parte superior del bastión y el terrado donde mis guardianes se apostaban, había una puerta que Chalucet mandó construir para evitar que los soldados le robasen las uvas, y esta circunstancia me bastó para trazar el plan, que consistía en sujetar silenciosamente la puerta después de salir yo un día, para que los guardias no observasen lo que hacía, y después, aunque pudieran mirar á través de un enrejado, como no les sería posible llegar hasta mí en el caso de que sus sospechas se despertasen, descolgarme por el muro sirviéndome de una cuerda que me habían facilitado mi doctor y el abate Rousseau. Conseguido esto, montaría á caballo al pie del rebellín, con cuatro caballeros, los cuales me acompañarían en mi fuga.

«El proyecto no dejaba de ofrecer dificultades: era necesario ponerle por obra en medio del día, delante de dos centinelas que estaban á treinta pasos uno de otro, situados á medio tiro de pistola; mientras que, por otra parte, mis seis vigilantes harían fuego contra mí á través de las barras de la puerta. Los cuatro caballeros que ofrecieron ayudarme en mi fuga debían proceder con mucha prudencia para tomar posición, á fin de no infundir sospechas á nadie. Yo no podía acometer la empresa con menor número, porque, una vez fuera de la prisión, me sería necesario pasar cerca del acostumbrado paseo de los guardias del mariscal Condé.

«Conseguí escapar, pues, el sábado, día 8 de agosto, á las cinco de la tarde. La puerta del jardinillo quedó cerrada detrás de mí de la manera más natural, y bajé sin percance alguno de la parte superior del bastión, ayudándome de un palo, aunque la altura de aquél era de unos cuarenta pies. Mi ayuda de cámara, Fromentin, que aún está á mi servicio, entretuvo á los guardias convidándolos á beber, y éstos se distrajeron, además, observando á un dominico que se bañaba y que, habiendo perdido pie en el río, se ahogó.

(Se concluirá)

»»»» PENSAMIENTOS ««««

—El joven hipócrita, de corazón enteco, es más repugnante que el viejo marrullero.



LA FUGA DEL CARDENAL DE RETZ: Dos pequeños pajes que se bañaban comenzaron a dar voces de alarma

—Los perezosos no deben olvidar nunca que el mejor aperitivo es un ejercicio saludable, que restablece el equilibrio y llama con fuerza á las puertas del apetito.

—La buena educación debe ser la base de la vida.

—La mentira se vale muchas veces de juramento para que le sirva de garantía.

==ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA==

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. —NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA